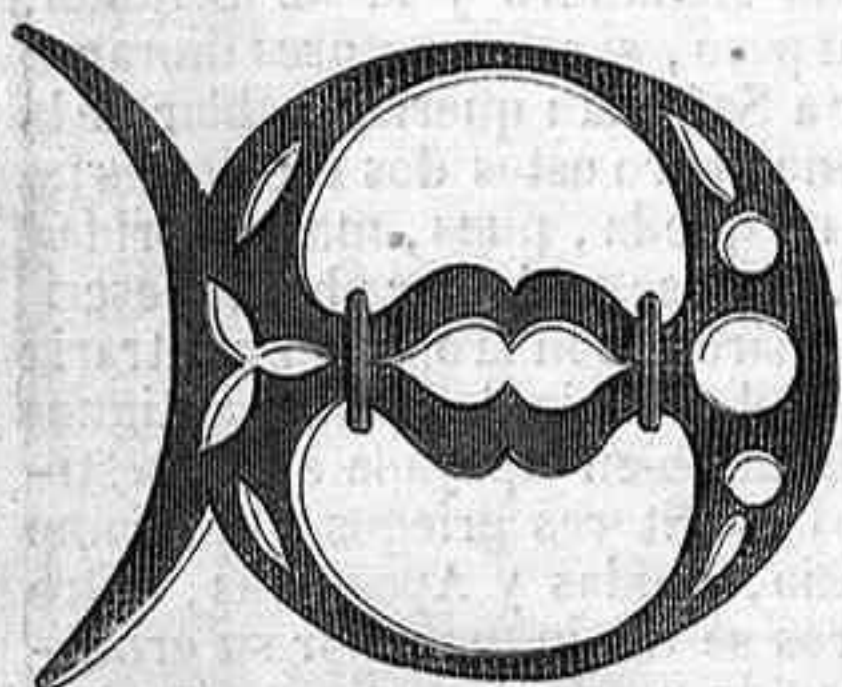




EL DIA DE DIFUNTOS.



uelo y tristeza y lágrimas.

Hé aquí las únicas palabras que debieran escribirse en el día consagrado á los que fueron.

Y en verdad que ellas son el constante epítogo de la historia de los siglos.

Y sin embargo hay

placeres y júbilo y carcajadas. La humanidad se aturde para no comprender aquellas palabras.

Ha terminado octubre: sus brisas ya no agitan los jugosos pámpanos de la amarilla vid, ni mecen en la falda de las montañas las tardías flores otoñales.

Las secas hojas de los árboles del bosque se desprenden tristemente de los frondosos troncos, y caen una á una sobre la arena, como lágrimas de la naturaleza que llora su esplendor perdido. El suelo se cubre de ellas; el huracan las arrebató en concéntricos remolinos, y desaparecen á su impulso como desaparecen las ilusiones del alma, hermoso y puro jardín del espíritu que deshoja y marchita, y arrebató en su vuelo el semoun abrasador de la desgracia.

Noviembre empieza.

Sus nubes melancólicas se agrupan impelidas por el viento del Norte, para entoldar el puro azul del firmamento, velándonos los vivificantes rayos del astro del día. Sopla glacial el cierzo: á su impulso se cimbran los desnudos troncos de los árboles, que agitan sus peladas ramas chocando entre sí, con el extraño rumor que producen juntándose los huesos de un esqueleto.

Los cantores de las florestas huyeron espantados, y sus abandonados nidos rotos y deshechos ruedan por la arena.

La naturaleza toda está de duelo.

Ha desaparecido su esplendente hermosura, y solo

puede obtener del cielo para cubrir su desnudez, algun tristísimo manto de nieve.

¡Epoca desolada de la vida! ¡Epoca de dolor y de llanto!... Pero ¡ay! el invierno de la naturaleza, es solo la crisálida de su hermosura, de donde ha de salir cual brillante mariposa á ostentar ante el cielo sus mejores galas. El invierno en tanto de la vida humana, es el primer paso hácia el sepulcro de la eternidad.

Sin embargo, para quien ha vivido la vida del justo ó la vida de la inteligencia, el sepulcro es la cuna, es la parada donde cansados caminantes del valle de las lágrimas, dejamos nuestros vestidos mundanos, desgarrados por las malezas del camino, para vestir la blanca túnica de los escogidos y entrar en los senderos de la vida inmortal; donde no se cuentan los instantes, donde jamás llega la noche, y donde brillan radiantes siempre, crecientes en esplendor y en hermosura, los divinos fulgores que esparcen la multitud de soles, murallas del sagrario de Dios...

Noviembre empieza... los míseros mortales que revueltos se agitan en esas doradas cárceles que se llaman ciudades, con sus vicios y sus pasiones, sin acordarse de su patria perdida, despiertan un día al fúnebre clamor de los sagrados címbalos, que lanzan al aire desde las altas torres de los templos cristianos, el melancólico doble de los muertos. A su sonido comprende el hombre su mundana miseria, y se acuerda siquiera por un día de que sus hermanos duermen el sueño de las tumbas junto á sus magníficos palacios de mármol, encerrando toda su pompa y vanidad en un sucio y asqueroso aposento de cinco piés.

Entonces piensa visitar sus sepulcros: entonces se acuerda de que es polvo y en polvo se ha de convertir, y por cariño ó por orgullo, cuelga del monumento fúnebre su amarilla corona de sienprevivas ó su lujosa y artística guirnalda de flores y de cintas.

¡Oh! ¡cuánta tristeza infunde al corazón la vista de esa ciudad de vivos, que en este día sube entera á visitar la ciudad de los muertos! Mas ¡ay! ¡cuán diferentes sentimientos agitan el corazón al contemplar ese homenaje rendido á su memoria! ¿Quién los conduce allí? ¿El amor ó la costumbre? ¿El recuerdo ó la vanidad?

Triste es confesarlo. Para una lágrima del corazón: ¡cuántas ofrendas de fastuoso y mentido sentimiento!...

Yo he visitado el cementerio de la aldea, y luego el cementerio de la ciudad. He visto la tosca cruz de madera sobre una modesta sepultura cubierta con iguales piedrecitas entre las que brotaban las pálidas é inodo-

ras flores de los cementerios, y en ellas arrodillada una pobre mujer cubierta de sencillo traje, pero velado el rostro por las lágrimas. Aquella oración muda, aquel sentimiento profundo, aquel dolor oculto, dolor que vive guardado en el corazón y que va labrando lentamente las paredes del vaso que lo contiene, ha parado mi marcha, ha conmovido mi corazón, y he ido llegando poco á poco con santo temor y sagrado recogimiento, hasta caer de rodillas junto la tosca cruz de madera.—Mis labios han murmurado una oración, y me he levantado tranquilo rogando á Dios por las que allí descansan.

He subido luego al cementerio de la ciudad. He hallado en el camino lujo y opulencia, fausto y brillo, caras risueñas y atrevidas, ojos chispeantes de amor y voluptuosidad, encajes y velos, y flores, y perfumes, y cantos, y algazara, y... ¡Oh! yo he equivocado la senda: este no es el camino de la ciudad de las tumbas.

—Adelante, adelante; esa es la vía...

Si es verdad,—ya he visto el cementerio.—¿Pero dónde están los muertos?—Allí, tras esa alineada hilera de iguales trozos de mármol simétricamente colocados como los cuadros de una sala. Allí, tras esas lápidas donde se ven marcados los guarismos en que consta que ese muerto ha tenido que pagar, para que le dejen dormir en paz su último sueño: donde aparecen signos escritos, demostrando las renovaciones que para ello se han debido ir haciendo; es decir, el pago del cánón por la enfiteusis de un sepulcro...

Pero ¡ah! también aquí he encontrado el dolor y la ofrenda á la muerte. De cada uno de estos nichos penden coronas fúnebres en cuyo centro brillan dedicatorias tristes.

Blandones funerales esparcen sus melancólicos rayos delante de ellos, y seres que viven contemplan el sepulcro del muerto devorando quizá su insólita amargura...

Si... si: también aquí hay dolor...

Hay coronas; compradas á mercaderes de adornos para los que fueron. Blandones; cuya luz se paga según las horas de su brillo. Inscripciones y alegorías; de valor de cincuenta reales y lacayos, que... cuiden de todo...

Afuera... también hay dolor. Los parientes del muerto, visten de negro...

¡Oh! y sin embargo, hay lágrimas del corazón en ese recinto de la muerte. Pero ¿quién las escucha? ¿Quién torcerá su camino por no tronchar la humilde flor que brota solitaria?

Y ¿por qué afligirnos? Vamos á esa esposicion pública que hoy nos dan los cementerios. Vamos ávidos de

curiosidad a leer las inscripciones de lo que allí nos presenta la muerte. También ella tiene sus palacios de cristal.

—Mas, ¡no! dejadme, dejadme salir de ese recinto que miro profanado por las miserias mundanas. Mi corazón se comprime de inmensa amargura. Dejadme: yo volveré mañana, y es seguro le hallaré solitario.

Ya habrá descendido el ángel del Señor y habrá purificado los sepulcros. Entonces doblaré mis rodillas y correrán mis lágrimas al recuerdo de los que tanto amé y ya no miro sino con los ojos del alma... Entonces se alzarán mi oración por su eterno descanso, y pegada la frente sobre el mármol podré comprender la eternidad...

Adios, adios, cenizas venerandas: os dejo en paz: no quiero aumentar con el murmullo de mi voz esa atmósfera de ruidos, y voces y carcajadas, con que hoy veis nublado vuestro último asilo.

Ya se acerca la noche.

Ya os van abandonando...

Ya se apagan las antorchas que el orgullo os encendió.

Dormid en paz... dentro de un año volverán a renovar vuestras coronas fúnebres y a despertaros del letargo en que aguardais tranquilos el juicio de Dios.

Entre tanto los que hoy hacen resonar vuestros sepulcros con su algazara, seguirán corriendo sin cesar un instante por la escabrosa senda de la vida, hasta que cuando vayan mas á prisa tras las locas quimeras que inventan para llenar su ambición delirante, tropiecen, vacilen y caigan dentro de uno de esos nichos vacíos que á vuestro lado les esperan, para no volverse á levantar, hasta el tremendo día en que chocarán los astros entre sí, y el sol caerá en pedazos, y el abrasado mundo se tornará en pavesas, á la voz poderosa del que con su sola voluntad le alzó de entre las negras ondas del insondable caos.

J. DE DICS DE LA RADA Y DELGADO.

SAFO.

APUNTES BIOGRÁFICOS (*).

VII.

No cabe duda alguna, ni hay escritor que hasta ahora lo haya negado que la principal y la constante ocupación de Safo fue el culto de las musas. Súponese que su afición á la poesía creció y se desarrolló con posterioridad á su viudez. Inventó un metro que de su nombre se llamó *sáfico* y un modo de música denominado *mixolydio*, usado particularmente en las tragedias. Reunió también, según costumbre de su época, muchas jóvenes lesbias (12) y algunas extranjeras (13) de las que hizo sus discípulas ó compañeras y á las que celebró en odas y otra clase de composiciones llenas todas de genio y de inspiración, pero en las que se trasluce un sentimiento ó una inclinación que la naturaleza desaprueba (14).

Pedro Doufour (15), Horacio, Ausonio y otros muchos poetas y escritores tanto antiguos como modernos, han condenado en diversas épocas con gran energía y á veces hasta con injuriosas frases las costumbres de Safo. Recordamos á este propósito lo que al principio de estos apuntes hemos consignado. Safo, Anacreonte y casi todos los poetas y personajes célebres de la antigüedad, no pueden ser juzgados hoy moralmente del mismo modo que juzgar pudiéramos á un personaje moderno. Las costumbres griegas, eminentemente sensualistas, su civilización y sus creencias religiosas, materialistas hasta el extremo, no podían condenar en absoluto lo que nuestras creencias y sentimientos espiritualistas reprueban sin apelación. Quizá ellos al obrar así conformáronse con los usos de su época, y no sería en verdad justo condenarles por haber arreglado su conducta á lo que sus costumbres, sus creencias, sus inclinaciones y gustos les mandaban, y aun casi les imponían, como un deber ó una obligación.

Desconocemos también las causas particulares, insignificantes á primera vista, poderosas en realidad, que pudieron influir en la reputación que muchos de ellos alcanzaron hoy. Las obras de un poeta, los sentimientos que en ellas pueda expresar, no son siempre una regla segura para que por ellas podamos calcular cuál haya podido ser su conducta privada. Los hechos que hasta nosotros hayan llegado, pueden ó no ser verdade-

(*). Véase el número 19.

(12) Los nombres de algunas de las discípulas ó compañeras de Safo, han sido conservados por varios autores. *Telesippa* y *Megaza* son citadas por Suidas; *Aithis*, por Safo, Suidas, Epeesthion, Ovidio y Máximo de Tyro; *Gorgo*, por Epeesthion; *Andrómeda*, por el mismo y por Safo; *Gello*, por Zenobios; *Cydnus* y *Anactoria*, por Ovidio y Máximo de Tyro; *Alnasidica*, por Safo; *Alnais* y *Pyrina*, por Chæroboschus y Ovidio; *Gyrino*, por Máximo de Tyro y por Safo; *Erinna* de Teos ó de Lesbos, por Suidas, Eustacio y Máximo de Tyro.

(13) *Damophila* de Pamphilia, por Philostrates; *Gongila* de Colophonte, *Anagora* de Mileto y *Ennica* de Salamina, por Suidas.

(14) «*Diversis amoribus est diffamata, adeo ut vulgo tribas vocaretur. Promiscue impudens puellas et puellas arsit, unde et mascula á quibusdam appellari creditur ab Horatio Flacco et Ausonio Gallo, quod marium scilicet vices in opere eum puellis gereret...*» (Lil., *Greg.*, *Gyratid.*, Dial. IX, de Poet. Hist.)

(15) «*Elle vivait donc dans la compagnie de ses Lesbiennes, et elle oubliait que les hommes protestaient contre ses façons de faire...*» (Histoire de la Prostitution, t. I, p. 283.)

ros, pueden haber sido alterados por la tradición, ó atribuidos posteriormente al personaje, que nunca acaso tuviera idea de ellos.

Y en prueba de que esto puede ser verdad y como nosotros apuntamos, citaremos las palabras con que el abate Barthelemy, abundando en nuestra opinión, pretende disculpar las inculpaciones dirigidas á Safo por sus acusadores.

«Amó, dice, á sus discípulas con exceso, porque no podía tampoco amar á nadie de otro modo; expresaba su ternura con la violencia de la pasión, pero esto no os sorprenderá cuando hayais conocido la extrema sensibilidad de los griegos; cuando sepais que entre ellos los mas inocentes lazos toman ó hacen uso del lenguaje amoroso. Leed los Diálogos de Platon y ved allí en qué términos habla Sócrates de la belleza de sus discípulos. Nadie, sin embargo, mejor que Platon, sabia cuán puras eran las intenciones de su maestro. Tal vez las de Safo no lo fueron menos; pero cierta libertad de costumbres y el calor de sus expresiones eran muy á propósito para servir ó ayudar al odio de ciertas mujeres poderosas á quienes humillaba su superioridad y á la envidia de algunas de sus discípulas que no eran objeto de sus preferencias. Este odio estalló; Safo contestó con amargas verdades y crueles sarcasmos, lo cual acabó de irritarlas contra ella. Quejóse de sus persecuciones y sus quejas fueron un nuevo crimen. Si los rumores de que me hablais no son fundados, como creo, su ejemplo prueba, cuando menos, que algunas indiscreciones bastan para manchar la reputación de una persona en la cual tiene fijos sus ojos el público y la posteridad (16).»

No nos toca á nosotros acusar á Safo ni pretendemos tampoco ser sus defensores; creemos sí que es deber nuestro poner la defensa al lado de la acusación, y haremos notar también, con el autor antes citado, una circunstancia notable que atenúa bastante el valor que puedan tener ciertos propósitos, y es, que todo cuanto se dice de las costumbres un tanto disolutas de Safo, solo se encuentra en escritores muy posteriores al tiempo en que vivió (17).

VIII.

¿Cuándo murió Safo? ¿cuál fue su fin? A ninguna de estas dos preguntas es posible contestar. Creese que murió en su patria, pero se ignora la época y el término de su existencia. Solo se sabe que sus compatriotas los Mytilenios la tributaron grandes honores y que consagraron su memoria haciendo grabar en la moneda la imagen de la poetisa.

Las obras que nos dejó consistían en gran número de odas, epigramas, elegías y epitalamios. Suidas asegura que escribió nueve libros de odas, y Tulio era sin duda de esta misma opinión cuando en su epitafio de Safo dice que cada una de las musas había dado á Safo una flor para adornar su Eunéade (18). Sus obras, escritas en el dialecto eólico, que era el que se usaba en la isla de Lesbos, habitada por los Eolios, merecieron en la antigüedad, según Estrabon, el honor de ser comentadas, entre otros, por su compatriota Callias (19) que hizo igual trabajo sobre las de Alceo.

De las obras de Safo no han llegado hasta nosotros completas mas que el *Himno á Venus*, conservado por Dionisio de Halicarnaso y tres epigramas insertos en la *Antología*. De las demás solo se conservan trozos que andan esparcidos en los retóricos, escolásticos y gramáticos de la antigüedad. Algunos de ellos y en particular las cuatro estrofas que poseemos de su *Oda á una querida*, hacen que sea en extremo sentida la pérdida de los demás, pues como dice el ilustrado crítico M. de Boissonade «están escritos en el mas bello y elegante estilo posible.»

Ni es posible, ni este es lugar oportuno tampoco para hacer un juicio crítico de las obras de Safo. ¿Cómo apreciar debidamente á un autor de cuyas obras solo trozos se conservan, muchos de los cuales son frases cortadas, fragmentos que apenas forman sentido?

Solo podemos decir que los versos de Safo son como ningunos fluidos y armoniosos, que es admirable su estructura, que denotan genio é inspiración en su autora. Como la mayor parte de los autores compatriotas suyos, como la Grecia toda, Safo es materialista: canta siempre el individuo y su inspiración nunca alcanza mas allá ni abarca mas espacio que el del mundo que la rodea. Celebra los objetos que llaman su atención, bien por sus formas, bien por su belleza, pero siempre subordinándolos á la impresión que producen en sus sentidos ora sea esta agradable, ora desagradable. Su imaginación al remontarse en alas del entusiasmo, nunca pierde de vista el punto de partida y por mas alto que tienda el vuelo, recuerda la personalidad, origen siempre y fin de sus aspiraciones y deseos. Si esto es un defecto, no es solamente Safo quien adolece de él: los poetas y escritores contemporáneos suyos, los posteriores á ellos la Grecia toda adolecía también de él.

(16) (Voyage d'Anacharis, cap. III.)

(17) Algunos autores, entre ellos M. de Boissonade, dudan también de que los pasajes de Horacio y Ausonio en que se acusa á Safo, hayan sido bien interpretados.

(18) (Analecta de Brunck, t. II, p. 102.)

(19) (Estrab., l. XIII, p. 617.)

IX.

Las breves noticias que hemos apuntado son todas las que existen de Safo, y á las que debe reducirse su biografía, si como pensamos, y con nosotros creen la mayor parte de los críticos modernos, esta mujer célebre ha sido confundida con una cortesana del mismo nombre, aunque de una época posterior, natural también de Lesbos, y dotada igualmente de algun talento poético.

No es en manera alguna un descubrimiento moderno la existencia de las dos Safos. Suidas que las distingue bien, aunque ha cambiado el nombre de la patria de cada una, pues hace oriunda de Ereso á la poetisa y á la cortesana de Mytilene, dice refiriéndose á la segunda que se la suponía autora de algunas poesías líricas.

La confusión de las dos Safos está también justificada en parte por algunos pasajes de los antiguos en que no se las distingue con bastante claridad; y acreditada particularmente por Ovidio, cuyo error pudo muy bien haber sido involuntario, ha sido causa de que durante largo tiempo se hayan atribuido á la poetisa de Mytilene muchos hechos que pertenecían á su homónima y de los que el mas notable es su desgraciado amor por Faon y la manera trágica con que se libra de él al mismo tiempo que de la vida precipitándose desde lo alto de la roca de Leucades.

Ilusionada la imaginación con el encanto que al personaje presta su gloria de poeta, tiende naturalmente á añadirle el que pudiera darle una pasión desgraciada y un fin novelesco, que excitando el sentimiento conmueve el corazón y cautiva y atrae las simpatías de todos; pero por mas doloroso que sea privar á la poetisa de la aureola del martirio, la crítica ha establecido ya de un modo indudable que tanto la catástrofe como la pasión que la motivó, deben atribuirse á la Safo de Ereso.

Espondremos algunas de las razones que tenemos para creerlo así, y algunas de las pruebas que á nuestro entender justifican plenamente esta nuestra opinión.

X.

Ya hemos dicho que la existencia de las dos Safos no es un descubrimiento moderno. Ha sido en la antigüedad emitida y sostenida por algunos escritores dignos de crédito. Entre los modernos el que mas seriamente la ha examinado y el que la ha fortalecido con argumentos tan sólidos como es posible procurárselos en una discusión de este género, ha sido Visconti. Espresado ya su parecer sobre esta materia en su *Iconografía griega*, dedicó á fundarlo sólidamente una extensa nota en la que se hallan reunidas cuantas pruebas pudiéramos aducir en apoyo de esta creencia. La importancia del trozo que citamos es grande para que de ella hagamos un extracto, y las pruebas que en ella se hallan reunidas, son tales, que creemos útil trasladarla íntegra á continuación.

«No sé, dice Visconti, como la opinión contraria á la mía ha podido llegar á ser la opinión general: es, sin embargo, la de Fabricius, la de Hardion, en su disertación sobre el salto de Leucades, la de Bayle y la de Barthelemy. La autoridad de Menandro y la de Strabon, serian en verdad de gran peso, si estos autores dieran á entender que al nombrar á Safo han querido hablar de la célebre poetisa de Mytilene; pero estos dos escritores no la designan claramente; no queda, pues, mas autoridad que la de Ovidio (Heroid. XV) seguida por algunos escritores posteriores á él: compárese con la opinión contraria que no solo está fundada en el silencio de los mas antiguos autores, sino que se halla también apoyada en el testimonio positivo de muchos escritores griegos tales como Nymphis, Atheneo, Eliano, Suidas y Apostolius, entre los cuales los dos primeros se distinguen por su erudición y parecen haber recogido y adoptado la opinión generalmente emitida por las personas mas instruidas.

»Ovidio, por el contrario puede haber hecho uso para embellecer su elegía de una opinión á la cual él mismo acaso no daba crédito (20) imitando en esto á algunos poetas dramáticos que alteraron las aventuras de esta mujer extraordinaria con objeto de hacer mas interesantes sus obras. Atheneo ha hecho notar esto á propósito de Diphilo (21).

»Creo también que debo apoyar mi opinión en algunas pruebas negativas que no recuerdo haber visto reproducidas y que me parecen muy propias y del caso para aclarar esta importante cuestión de la antigua biografía poética.

»1.^a Herodoto, que habla de Safo, al revelar algunas de las particularidades de su vida, de su familia y de sus poesías, guarda silencio sobre el amor de Safo hacia Faon y sobre el desgraciado salto con que viene á terminar su existencia.

Sin embargo, el salto de Leucades, costumbre religiosa muy estraña por cierto (22), es uno de esos hechos

(20) Algunos críticos dudan de la autenticidad de las Heroidas de Ovidio. Heiasus ha hecho notar que esta composición no se halla en los manuscritos antiguos de este poeta. Pudiera acaso suceder que algun escritor mas moderno hubiera imitado su estilo, lo cual, á ser cierto debilitaria muchísimo el testimonio que de ella resulta.

(21) Este poeta cómico, fue posterior á Menandro. Nació en Sinope, y escribió un drama que intituló *Safo*. En él presentó como amantes de la poetisa á Archiloco é Hippoanax.

(22) La isla de Leucades, llamada aun hoy *Leucades*, está situada en el mar Jonio, cerca de la Acarniana. El promontorio de que se arro-

que Herodoto se complacía en revelar y cuyo origen le agradaba investigar. Es pues, probable que esta costumbre no se hallara establecida todavía, y si lo estaba no fuera aun pública en su tiempo, tanto mas cuanto que Strabon mismo no ha encontrado un testimonio mas antiguo que el del poeta Menandro, que vivió en tiempo de Alejandro, es decir, mas de tres siglos despues de Safo y de Herodoto.

»2.^a El mismo relato de Herodoto hace de todo punto inverosímil la supuesta catástrofe de Safo. Este historiador habia leido algunos versos de los que la poetisa habia escrito contra su hermano Charaxo, con motivo de haber vuelto á comprar la cortesana Rhodope, esclava en Egipto durante el reinado de Amasis. Ahora bien, este rey no comenzó á reinar hasta el año 570 antes de la era cristiana y por consecuencia Safo nacida lo mas tarde, segun Suidas, el primer año de la cuarenta y dos olimpiada, es decir en 612, debia tener cerca de unos cincuenta años cuando atacó en sus versos á Charaxo. He dicho que Safo habia nacido lo mas tarde en 612: los mármoles de Oxford, que marcan su destierro de Mytilene en 596 diez y seis años solamente despues de aquella fecha, confirman mi aserto, porque no se puede suponer que una mujer de tan poca edad, casi en la infancia, hubiese ya tomado parte en las revoluciones y disturbios de su patria.

»3.^a Hermesianax (23), poeta mas antiguo que Menandro, escribió una elegía sobre las debilidades de los poetas célebres; y alega entre otras cosas, el ejemplo de Safo á la cual pinta como enamorada de Anacreonte: pero se calla absolutamente sobre Faon, á quien debiera nombrar el primero, pues que esta pasion fatal, convenia mucho mas al plan y objeto de su elegía que otra aventura de la poetisa.

»4.^a Antipatro de Sidon (24) que compuso un epigrama relativo á la tumba de Safo, no solo no habla de su fin trágico, sino que supone fue enterrada en su país natal, donde se la erigió un monumento, y que su muerte fue natural.

»5.^a Pinyto (25), poeta antiguo, cuyo solo epigrama que se conserva, es un epitafio de Safo, no hace mencion alguna de esa muerte causada por la desesperacion, á la que tampoco hace alusion ninguno de los infinitos epigramas que se conservan en la Antología, y que tienen por objeto ó van dirigidos á la poetisa de Mytilene.

»6.^a Ptolomeo Efestion, en su historia del salto de Leucades, de la que Pocio nos ha conservado un extracto, no habla tampoco de nuestra poetisa. Verdad es que tampoco menciona la muerte de la Safo de Ereso, pero no habiendo nunca llegado esta cortesana á obtener la celebridad de la poetisa del mismo nombre, ha podido ser omitida mas verosíblemente, ya en la obra, ya en el extracto. Es verdad que Servio habla de una mujer que se arrojó de la roca de Leucades por el amor de Faon, pero la trata como á una mujer oscura y no la nombra.»

X.

Hemos copiado las razones que sirven á Visconti para fundar su opinion que es tambien la nuestra. Pero si aun pudiera haber duda alguna despues de la lectura de estos datos, diremos que han sido en parte justificadas con el hallazgo ocurrido en 1822, de los retratos desconocidos completamente hasta entonces de las dos Safos, acompañados de sus nombres. Encontróse el primero de estos retratos ó sea el de la Safo de Mytilene en un vaso sacado de las ruinas de Agrigento (26), cuyo dibujo ha sido publicado posteriormente por el director del gabinete de antigüedades de Viena, Mr. Steinbuechel. Hay en él dos figuras en frente la una de la otra con los dos nombres de Alceo y Safo. Algunas circunstancias particulares han dado lugar á dudas sobre la autenticidad de estos retratos. Ofrece su dibujo algo extraño y diferente al estilo que era costumbre usar en esta clase de monumentos. Son diferentes tambien los perfiles de las cabezas de ambos personajes á los que se reconocian hasta el presente como retratos de Alceo y Safo y la ortografía de este último nombre es diversa á la conocida hasta el dia. Mr. Steinbuechel no ha dado explicacion ninguna sobre estas particularidades.

El segundo retrato, ó sea el de la Safo de Ereso pertenecia á Mr. Allier de Hauteroche, y ha sido copiado de una medalla traída de Grecia, que aquel conservaba en su gabinete y en la que ademas del nombre griego Safo, hay una cabeza de mujer con las letras E. P. C. C. Y. iniciales del nombre de la ciudad de Ereso, donde fue encontrada esta medalla. Su poseedor sacó de ella asunto

para escribir una memoria titulada: «Noticia sobre la cortesana Safo de Ereso», la cual analizó despues el mismo en un artículo de la *Biografía Universal*, consagrado á aquella cortesana, y el cual está todo él destinado á confirmar y desarrollar el sistema de Visconti.

No son estos los únicos monumentos en que se ha creído ver un retrato de la poetisa de Mytilene. Visconti y Eskhel juzgaron como tal una medalla de bronce que se conserva en el museo de Viena, que tiene la inscripcion M. Y. F. Y. y una lira por tipo (27). Otros han creído, y entre ellos Mr. Allier de Hauteroche, que esta medalla representaba á Julia Procula ó á Nausicae. Entre los bustos del Capitolio hay uno (28) que se ha creído tambien era el retrato de Safo. La inscripcion y la palabra Ereso indican, como dice muy bien Visconti, que es el de la cortesana y no el de la poetisa de Mytilene.

X.

Hemos llegado al fin de nuestro trabajo. Hemos referido las pocas noticias sobre Safo que han llegado hasta nosotros; hemos tratado de desvanecer algunos de los cargos que se le imputaban; hemos consagrado dulces palabras á la apreciacion de sus obras. Nada nos resta ya que hacer. Sin embargo, para aquellos que deseen tener una idea mas exacta, una mas justa apreciacion de esta gran figura poética, copiaremos el juicio que ha merecido al autor del viaje de Anacarsis y que este pone en boca de un ciudadano de Mytilene, como elocuente resumen de los testimonios rendidos al genio y al talento de la poetisa de Lesbos por los mas célebres escritores de la antigüedad.

«Safo, dice, ha pintado en sus versos todo cuanto la naturaleza ofrece de mas encantador: pero lo ha pintado con los mas bellos colores, mezclándolos con tal arte, revelando en ellos tal armonía, que de su conjunto resulta siempre un brillante cuadro de luz y sombra. Brilla su gusto hasta en el mecanismo de su estilo. Mediante un artificio que no descubre nunca el trabajo material, no se notan en sus obras esos giros penosos ni esos choques violentos que destruyen la belleza del lenguaje. El oido mas delicado apenas podria encontrar en una página entera un sonido desagradable ó una palabra que debiera suprimirse. Asi que sus versos, gracias á esta armonía encantadora se deslizan mas suaves, mas ligeros que los de Anacronte y de Simonides.

«Y qué fuerza de atraccion no ejerce su genio, cuando nos arrastra en pos de sí, describiendo los encantos, los trasportes y la embriaguez del amor! ¡Qué cuadros! ¡Qué fuego!.. Dominada como la Pitonisa por el Dios que la agita y la conmueve, arroja sobre el papel palabras inflamadas. Sus sentimientos caen sobre él en granizada de magníficos rasgos, como una lluvia de fuego que lo abrasa todo. Los síntomas todos de la pasion están expresados con tal fuerza, con energía tal, que parecen animarse, personificarse para escitar en el alma las mas fuertes y violentas emociones (29).»

Tal es la brillante descripcion que ha merecido á Barthelémy el genio de Safo. Despues de esto nada podemos decir, nada añadir que no desmerezca y sea pálido y frio al lado de semejante cuadro. Conocemos ademas nuestra insuficiencia: el sentimiento de nuestra propia debilidad nos hace enmudecer y nos obliga á callar ante el recuerdo de una mujer que á sus mismos detractores admira y cuya memoria ha llegado viva y deslumbradora hasta nosotros, venciendo el olvido de veinte y cinco siglos.

E. M. CUENDE.

UN PASEO POR EL RIFF.

A MI AMIGO ALARCON.

I.

Quando todo el mundo habla de Africa; quando todos fijan la vista en sus costas; quando el invierno se acerca con sus vientos frios y negros nubarrones, siendo siquiera un consuelo acordarnos de aquel país tropical, con sus desiertos y montañas, con sus ciudades y aldeas, sus aduares y caravanas; quando tanto gusta recostarse sobre la mesa de un *café* ó bien acercarse á la hasta aquí cesante estufa, para tomar un periódico y hacer un viaje hacia allá en alas de nuestra fantasía, nada mas justo que yo, caminando á remolque de mis recuerdos, que son para mi vida lo que los perfumes son para los vientos, lo que las aves para la primavera, evoque lo pasado una de las borrosas páginas de mi existencia, donde está escrito el nombre de aquella tierra de luz y de esplendor.

Porque yo en otros tiempos hice mis viajes por las costas de la antigua Mauritania; pretendí parodiarme á Mario, yendo á sentarme sobre alguna roca solitaria, mien-

(27) (V. *Iconografía griega*, I, 72.) Visconti funda su opinion respecto á que es de Safo en un epigrama de Damochesis, que es el IV de los insertos en el tomo III, p. 70 de los *Analec*, donde dice su autor que Safo era un tanto orgullosa. (Bois., *Ibid.*)
(28) (Ret. *illustr. imag.*, núm. 65.) Este busto ha sido grabado por Mr. (Bois. *ib.*)
(29) Barthelémy., *ob. c.* cap. III.

tras el mar deshacia á mis piés la combada ola y anhelé hacer mis escursiones, ya sobre algun camello, ya en medio de una tropa de árabes para oír de noche sus historias maravillosas y sus extrañas aventuras.

Era jóven y tenia todo un mundo dentro de mi cabeza; la vida rebosaba en mi corazon: me sentia empujado hacia adelante por la ansiedad de descubrir otros horizontes distintos de los que habian iluminado con su luz mi frente de niño y soñaba con episodios fantásticos, á la manera de un príncipe oriental. Pasar á otra parte del mundo, aunque este se hallase á la puerta de nuestra casa, oír de noche el rugido de los leones, el canto de las tribus errantes, la voz formidable del *simum*, é ir á dormir á una de esas ciudades abrasadas descritas tan admirablemente, por algunos viajeros, esto era una de las aspiraciones mas ardiente de mi juventud.

Pero si no pude lograr todo mi deseo, alcancé parte de él. Fui militar y el destino me llevó á los presidios menores de Africa: por consiguiente llegó un dia en que me embarqué en Málaga con direccion al Peñon de Velez de la Gomera. Mi viaje era demasiado exiguo para los que yo habia improvisado en estas ocasiones, pero el Peñon estaba en Africa y era en mi concepto una cosa deliciosa pasar en una noche de una parte á otra del mundo. La transicion no podia ser mas rápida ni mas poética.

El buque que me conducia—ya á estas horas debia tener su horrible tumba en el fondo del Mediterráneo—era un místico y tenia un nombre demasiado fúnebre. Llamábase *La Caja de los Muertos*. De puro viejo estaba destrozado y para un observador prudente y entendido, un mal temporal lo hubiese deshecho. Pero lo extraño, lo singular, y si se quiere, lo fantástico del tal buque, era que siempre que se daba al mar acudia la borrasca, como una cariñosa hermana, á silbar por entre sus dos velas latinas; y la *Caja de los Muertos* llegaba al término de su derrota, semejante á un caballo árabe que despues de una carrera de muchas leguas, se detiene en frente de la tienda de su dueño, sin que se le conozca el sudor en su hermosa piel. Esto parecerá maravilloso, pero es verdad.

¿Tenia otro nombre aquel negro bastimento, como pudiera llamarle Fenimore Cooper? Esto es lo que siempre llegué á ignorar. Era tan conocido con el de *Caja de los Muertos*, que los pelotones de mar de Melilla, Alhucemas y el Peñon, tendrán presente su memoria.

Una vez embarcado, despues de haber visto desaparecer el faro giratorio de Málaga, y al cabo de una noche de angustiosa navegacion, subí á cubierta al mismo tiempo que el sol, espléndido y sin rayos, parecia salir del fondo del mar.

Estaba en frente de las costas africanas, bañadas de un vapor azulado y transparente; veia las blancas mezzitas colocadas en altas cordilleras, algunos pueblecillos miserables, espaciosas campiñas cubiertas de una lozana vegetación, ásperas rocas bordadas de musgo y sierras caprichosas que corrian visiblemente hacia el estrecho, como si pretendiesen unirse en el fondo con las lejanas costas españolas.

Un poco inclinada á la izquierda descubriase una sombría mole aislada y piramidal, que resaltaba sobre el claro fondo, como un ciclope calcinado, como la estatua de un gigante. Era el Peñon.

Allí era donde en 1564 habia llevado don García de Toledo la bandera española: aquellas aguas habian sostenido las galeras de Alvaro de Bazan; sobre aquella roca era donde el intrépido Feret habia jurado morir antes de entregarse, y tantas glorias unidas ocuparon por largo tiempo mis pensamientos. Aun queda en pié aquella gloriosa conquista que anuncia á los buques de todas las naciones la grandeza de la España del siglo XVI.

El Peñon es una roca separada de la costa africana por un estrecho canal llamado el *Fredo*, que se asemeja á un tranquilo lago. Tiene una pequeña playa y mas allá una puerta llamada del *Baradero*. Desde la lengua del agua principian las fortificaciones, unas árabes, otras cristianas, unas antiguas y otras modernas, segun las necesidades de los tiempos. Desde el Baradero á la Corona, castillo cubierto de cañones, que existe en el punto mas elevado, se estiende la poblacion compuesta de una calle solamente, que sube en forma de zig-zag hasta el fuerte de San Miguel. Cerca de él estan la iglesia, la casa del gobernador, el hospital y otros edificios públicos. El resto está compuesto de almacenes, cuarteles y baluartes, sobre los cuales existen gruesos falconetes del tiempo de la conquista. Un puente levadizo construido en la misma roca incomunica la parte alta de la poblacion con la parte baja. Levantado este puente queda en medio un abismo, cuyo fondo es el mar.

Otro peñasco que se encuentra tendido en uno de los costados de la plaza ha merecido el nombre de *Isleta*. Un puente rústico, que puede servir para un paisaje de Ferrant, establece la comunicacion entre los dos puentes y es cosa curiosa y bonita aquel puente echado sobre el mar, sobre todo cuando las olas inquietas y turbulentas pasan por debajo, lanzando al aire copos de espuma. La *Isleta* es á la par un paseo y una fortificacion. Por un lado enseña á los riffeños sus blancas aspilleras; por la parte opuesta permite estender la vista por la superficie del mar. Las bellas hijas del Africa bajan por la tarde á este sitio, á respirar ya el aroma del azahar que arrastra el puente desde las playas de Tetuan, ya el aire tempestuoso del Levante, impregnado de emanaciones

habian los amantes, se halla en una de las estremidades de la isla, frente á la Apolonia. Termina en una roca que avanzaba hacia el centro del mar, y en la cual se precipitaban los amantes desgraciados. Cerca de él se cree un templo consagrado á Apolo. Este Dios habia descubierto la milagrosa virtud de la roca, y en honor suyo todos los años los leucadienses arrojaban un criminal. Si este no parecia en la caída, se le deserraba perpetuamente de la isla. Para salvar á los que se lanzaban á dar el peligroso salto, habia de antemano dispuestas convenientemente algunas barquillas. Dese que los que escapaban al peligro volvian completamente curados de su plion, y que para algunos esta peligrosa prueba, fue causa de que llegaran á ser amados por aquel á que habia causado su desesperacion.

(25) *Apud Athen.*, lib. XIII, cap. 8.(24) *Analec. de Brunek.*, t. II, p. 25. Ep. LXX.(23) *Ibid.*, t. II, p. 288.(26) Este vaso perteneció á Mr. Pannettieri, de Girgento. (Bois. *Biog. de Safo.*)

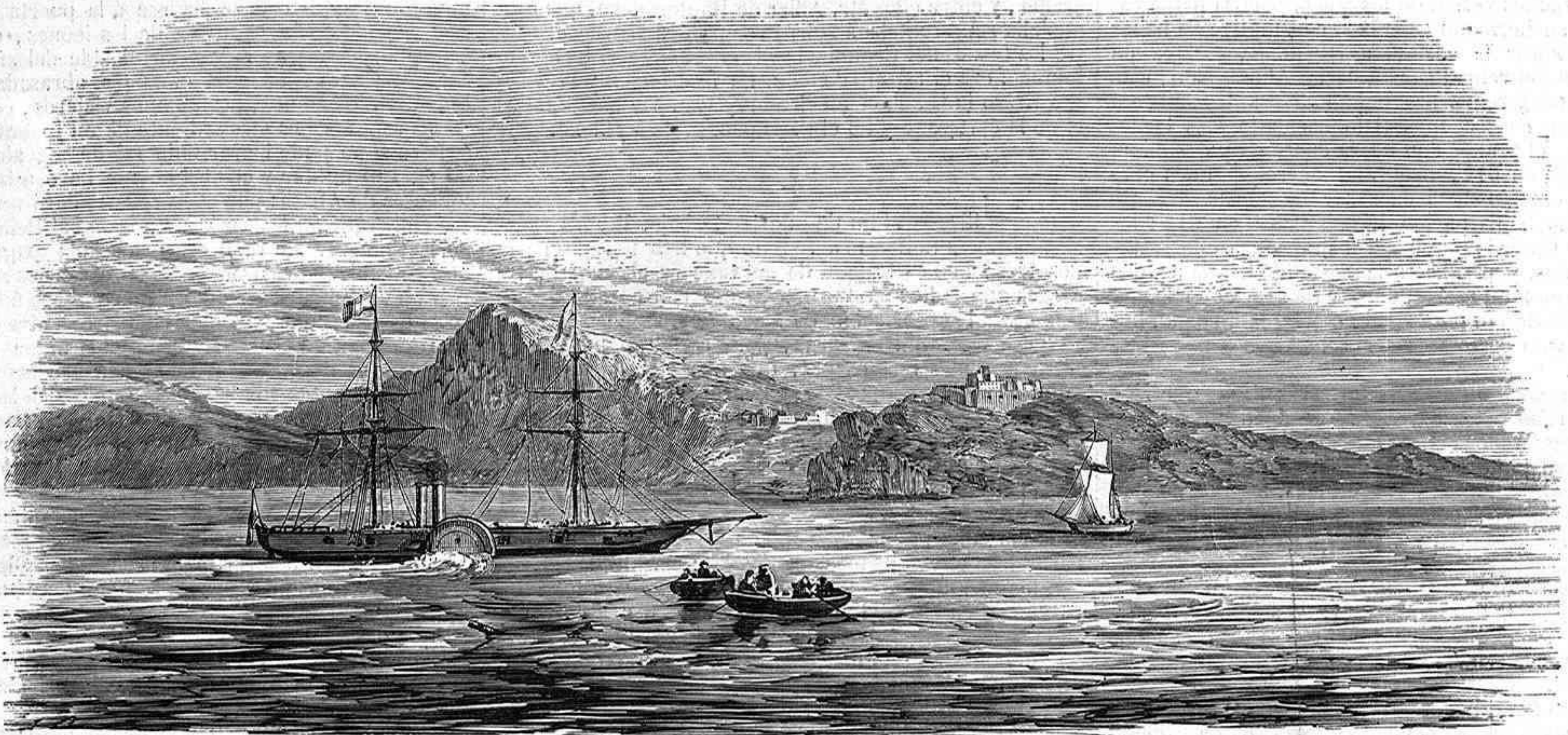
marinas, que penetra en el Fredo, jugando con las olas que se estrellan contra la erizada costa.

No soy persona competente para tratar sobre la importancia de la fortificación, pero sí comprendo que hay algo de inespugnable en aquel Titan de los mares, en aquel aborto de la naturaleza, que mira con un ojo á España y con el otro al Africa. El Peñon es una eterna amenaza contra las tribus salvajes que pueblan las costas, y hartas señales tiene de la constante lucha en que está

empeñado, desde que don García de Toledo clavó el estandarte de la Cruz en su fortificada frente.

Los mares que rodean al Peñon producen excelente y abundante pescado. Los moros introducen en él los demás víveres: buena carne, trigo que se muele por los presidiarios en molinos de mano, huevos, gallinas, alcuzcuz, dátiles y naranjas. Todos estos efectos se compran con una baratura extraordinaria y aun se consigue mayor rebaja en el género, si se paga con moneda co-

lumnaria. Envuelto el moro, por lo regular, en un albornoz listado de blanco y negro, y puesto de cuclillas, postura que le es muy habitual, se convierte en mercader, despues de haber dejado la espingarda y la guma; guarda dentro de la boca las monedas que recibe, al mismo tiempo que mastica su negro pan de cebada ó aspira el pesado humo de su pipa. Por la mañana antes de que la lancha de la plaza vaya al otro lado del Fredo, para recoger á esta clase de comerciantes,



VISTA DE ALHUCEMAS.

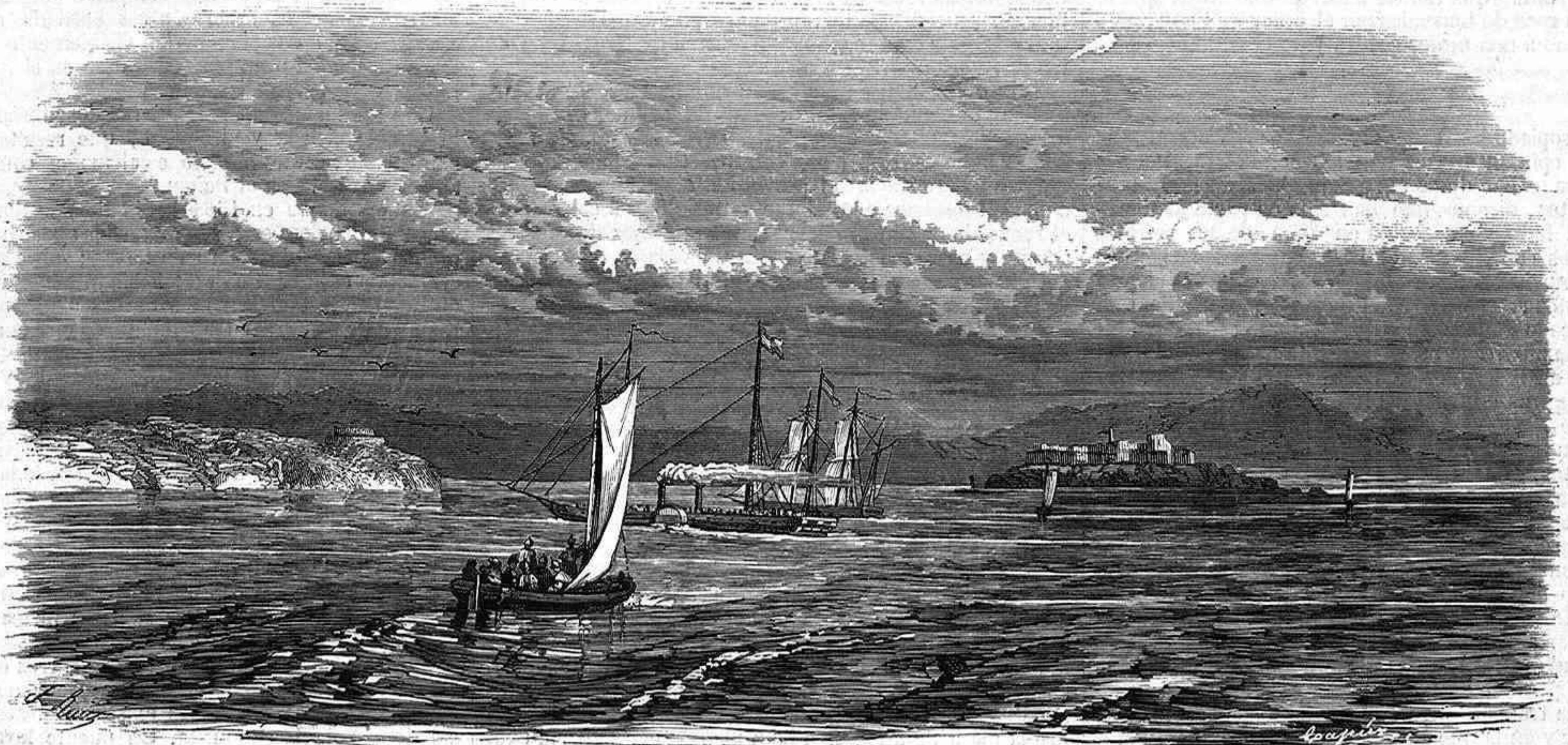
se colocan sobre una roca que se avanza sobre el mar y es muy fácil confundirlos con las piedras de la costa que tienen el mismo color. Todo esto es curioso y á mas de curioso es poético. Es tan rápida como hemos indicado antes la transición que se experimenta en una noche, pasando de un país civilizado á otro inculto y salvaje, que el asombro nos hace creer que estamos al otro lado del Atlas.

II.

Desde el Peñon se pasa á Alhucemas; plaza hostilizada siempre por el mar, por el viento y por los rifeños. Toda la costa es ruda, bravia y tormentosa. Solo los buques azotados por el huracan, los contrabandistas fugitivos de algun tenaz guarda-costas, ó los vapores ingle-

ses, franceses ó españoles, suelen cruzar aquellas aguas, cubiertas de arrecifes que á veces asoman su cabeza para asustar al imprudente marino, que se ha aproximado á ellos demasiado.

Alhucemas parece desde el mar una gran mesa de granito. Tiene sin embargo los mismos caracteres que el Peñon, pero se diferencia en su forma y fortificaciónes. Es un peñasco irregular, colocado entre los cabos



VISTA DEL PEÑON DE VELEZ DE LA GOMERA.

de Quilates y el Morro, el cual visto á alguna distancia, parece un cetáceo gigantesco que sobrenada en el mar. Diríase que ambos cabos son como dos monstruos que alargan la cabeza para devorar á la fortaleza española.

Quebrantada la roca que la sostiene por el embate de las olas, está carcomida por los cimientos, los cuales tienen anchos boquerones por donde entra el agua, formando un estrépito espantoso. Alhucemas es inespugnable naturalmente por la parte Norte y Este, á la par que lo es por el arte por el Sur y Oeste. Para penetrar en la plaza, es preciso subir á ella por escalera de mano. Quitada esta escalera el aislamiento es completo. Erizada de bastiones y baluartes, presenta un agresivo conjunto so-

bre los peñascos acantilados en que está colocada, los que vistos á lo lejos se asemejan á una serie de castillos y torreones. En el centro de la plaza hay una fortaleza en donde el vigía observa el vecino campo por medio de un antejo y participa las novedades que ocurren tocando una campana.

Una inmensa concavidad horada el corazon de la roca. Cuando el mar se halla embravecido penetra el agua por este conducto subterráneo, el cual tiene comunicación con otros, particularmente con una gran abertura que existe en medio de la plaza. Por esta abertura sale en largas bocanadas el viento y el agua á la manera de un surtidor y causa espanto y miedo al sentir temblar y es-

tremecerse la roca bajo nuestros piés. Créese por muchos que Alhucemas puede hundirse en una de las violentas tempestades que constantemente la hostia.

En frente de la plaza se extienden las erizadas costas de Erif, descubriéndose al mismo tiempo la pintoresca desembocadura del rio Micor. Las kabilas que habitan aquellos sitios son guerreras y numerosas que las del Peñon, lo mismo que las de Melilla lo son mas que las de Alhucemas. Cuando estas se agitan y ponen sobre algun ataque su único pendon de guerra, la poderosa Ribera de la plaza barre la playa y evita toda clase de ataques formales.

Desde Alhucemas á Melilla hay diez y ocho leguas de

distancia. Por lo regular se navega costean- do el litoral, de suyo agres- te y casi impenetrable. Un encadenamiento de peñascos detienen y desa- fian la cólera del Me- diterráneo; es una mu- ralla caprichosa llena de calas y puntas erizadas, bordadas de una orla de blanca espuma. Nume- rosas bandadas de *pa- vanas* y *cuervi-gallos*, aves marítimas que se ciernen sobre las olas, anidan en las concavi- dades y son las reinas de la soledad y de la borrasca, que á veces anuncian con sus agudos gritos. Algunos *carabos* cruzan por medio de los arrecifes burlándose de ellos, pues prefieren este dificultoso derrotero á internarse mar adentro. Si por acaso encuentran algun buque, ya sea de guerra ya mercante, ó tienen la osadía de ata- carle ó procuran evitar su encuentro. Si lo pri- mero, embisten rápida- mente entre los desafor- rados gritos y las gran- des demostraciones de guerra de la tripulacion; si lo segundo los moros se apresuran á colgar un sucio trapo blanco á gui- sa de bandera de paz en el palo mesana de la em- barcacion. Si pretenden atraerse la amistad de algun buque de aspecto sombrío y amenazador, el cual presenta al tra- vés de sus portas la negra boca de los cañones, en- tonces se acercan ha- ciendo graciosas manio- bras sobre el *carabo* que tripulan, practicando

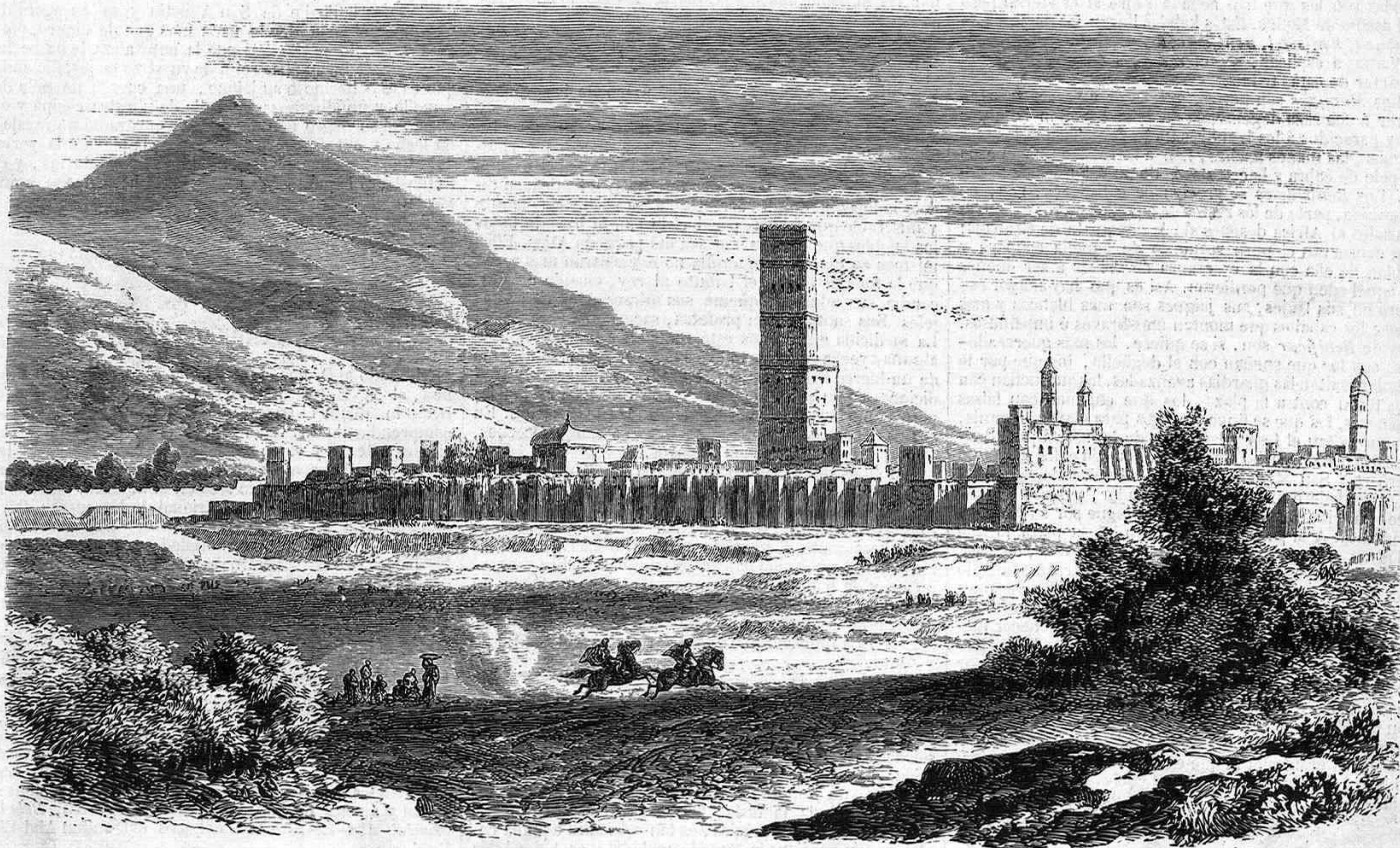


MULEY ABD-EL-RAHMAN, ULTIMO EMPERADOR DE MARRUECOS.

ejercicios de ligereza y habilidad, dando vuel- tas uniformes al mismo tiempo que impulsan los remos. Los moros saben cubrir siempre con apa- riencias pacíficas sus pér- fidas intenciones y todo aquel movimiento de ale- gría, de alianza y amis- tad se ha convertido mas de una vez en escenas de sangre y de muerte.

El *carabo* del Riff es una nave de mal agüe- ro. Su estructura tiene la forma de una ser- piente; es decir larga y estrecha, construida es- presamente para el re- mo y para la vela. En casos dados despliega es- tos dos agentes podero- sos y corre como un vapor. Esta nave extra- ña parece á veces que- dar en calma sobre las olas, como si estuvie- se abandonada. Cuando permanece inmóvil es que acecha: el ojo del marinero árabe registra el horizonte para bus- car una presa donde ce- bar su insaciable sed de piratería. Es el tiburón que permanece en re- poso, el cocodrilo que parece dormido.

Al llegar al cabo de las Tres Forcas, cabo tormentoso que ha sido tumba de muchos bar- cos, la decoracion mu- da de aspecto. Abrese un ancho golfo que ter- mina hacia el Este con las montañas de Isly, célebres por la batalla de este nombre. En el centro de la espaciosa curva que forma la cos- ta, se halla asentada Melilla sobre rocas ma-



VISTA DE LA CIUDAD DE MARRUECOS.

drepeas. A la izquierda y un poco mas lejanas, se ven las Chafarinas, en frente de un caudaloso rio y de unas grandes lagunas, de donde se extrae sal de contrabando por los comerciantes de Tetuan y Tánger.

El cabo sobresale como un cancerbero de tres cabezas. Las tempestades en este sitio son terribles.

III.

Melilla, segun los geógrafos, tiene su etimología de la palabra *miel*, porque es fama se criaba mucha en su fecundo suelo. Sin embargo, no recuerdo en el tiempo que permaneci en ella, haber visto siquiera una abeja. ¿Será que la rudeza de los riffeños ha alejado de su seno a esas infatigables industriales, ó que el humo de la pólvora es antipático á esas *amazonas* aladas, eternas enemigas de las flores, que lo mismo hieren con su dardo que brindan con su dorado licor? Cuestion es esta que no nos compete.

Melilla, cuya vista daremos en el número próximo, es para nosotros el nido de la tempestad. El Nordeste es siempre el mortal enemigo de la plaza por la parte del mar: los riffeños lo son siempre por la parte de tierra; así es que el mayor tiempo del año se vive entre los rugidos de las olas y el estrépito de la fusilería y del cañon. Puede decirse que Melilla es una excelente y admirable fortificación con tres líneas de defensa. Entre la segunda y la tercera hay una huerta protegida por los fuegos de los fuertes de San Miguel y Santa Bárbara. Dentro de la primera línea existe la poblacion, que no deja de tener buenas casas y regulares calles. Pasar del recinto interior al exterior es pasar de la paz á la guerra. Todas las aspilleras de los *guarda-cabezas*, están cubiertas con una tapa de madera, pues es tan certero el ojo del moro que introduce la bala por el punto donde llega á descubrir un bulo ó una sombra. De noche particularmente, y con especialidad las noches oscuras, el fuego es nutrido y espeso. De cuando en cuando la ronca voz de un cañonazo interrumpe la calma y el silencio.

Las fortificaciones de Melilla por la parte del mar son altas y elevadas: por la parte de tierra están edificadas bajo el sistema de Vauban. *Victoria grande* es un excelente castillo; pero lo que mas llama la atencion de todas aquellas construcciones de defensa son las *minas*. Hay en ellas una combinacion de fuegos cruzados de trampas y de contraminas que hacen imposible por esta parte la conquista de la plaza. Hemos oido decir que un sargento fue quien las ideó y dirigió, de cuyas resultas el rey don Felipe V lo elevó á un alto puesto en el ejército: aun queremos hacer memoria de haber visto una inscripcion sobre este particular.

Es muy comun estar espuesto bajo el certero fuego de los moros. Desde sus *ataques*, que no son otra cosa sino unos malos parapetos de tierra y piedra, nos hacen, como todo el mundo sabe, una guerra implacable. Cinco kabilas son las que han echado sobre sí el eterno peso del asedio de Melilla. Estas kabilas llevan los nombres de *Mazusa*, *Benisidel*, *Benificar*, *Benigullafar* y *Benifuró*.

Vamos á explicar, segun nuestras observaciones, el carácter de estas tribus.

Los *Mazusas* son fieros, guerreros y parecen pertenecer á una raza degenerada de gigantes. Son hombres muy parecidos á los hombres de Bayen. Tienen los piés anchos, las manos anchas, lían á la cabeza una cuerda de pelo de cabra y hacen alarde de un valor á toda prueba. Los *Benisidels* se precian de caballeros, son, no cabe duda, parte de los restos de aquellos moros galantes, lanzados al Africa despues de la conquista de Granada: aun conservan el puro recuerdo de aquella epopeya y hablan de ella con la esperanza de volver á ser dueños de aquel eden que perdieron. Así es que hay mayor esmero en sus trajes; sus jaiques son mas blancos y mas finos; los caballos que montan mas bravos é impetuosos. Los de *Benificar* son, si se quiere, los mas guerreadores; son los que sueñan con el degüello, los que por lo regular asaltan las guardias avanzadas, los que luchan con mas teson contra la plaza, los que engañan con falsas promesas, los que se fingen amigos para clavar la gumia, los que saltan el foso y las tapias de la huerta para destrozarla, á despecho de los fuegos cruzados de Santa Bárbara y San Miguel; en suma, el moro de esta tribu es el verdadero moro falso, engañador, perjuro y fanático. La tribu *Benigullafar* se distingue por su carácter mercantil. A la par que introducen en la plaza lo que ellos en su espresivo lenguaje llaman *hueso*, esto es, carneros, vacas y gallinas, que á veces traen nadando por el mar, guerrean por la parte de afuera. Despues del mercado es muy comun verlos salir por el *Mantelete* y á los pocos pasos tomar la espingarda y hacer fuego contra la plaza, donde han estado vendiendo sus géneros. Los de *Benifuró* son mas inquietos; son, por decirlo así, los merodeadores del campo. Hacen mas uso de las piedras que de la pólvora, las que manejan con una fuerza extraordinaria. Sirven las noches oscuras para ocasion de estos ataques formales: entonces es una verdadera granizada la que cae sobre la línea exterior: no cesan de llover piedras, las cuales retumban en los *guarda-cabezas* como un largo redoble de tambores.

IV.

En estas luchas, como en todas las demás, la sagacidad española ha rivalizado con la sagacidad riffeña. Meli-

lla ha querido en todo tiempo devolver bala por bala, cañonazo por cañonazo y piedra por piedra. Para lograr esto último, hay unos grandes morteros los cuales se llenan de redondos pedazos de granito que se extraen exprofeso de las Chafarinas. Principia la pedrea y al punto se disparan los morteros con esta clase de proyectiles, los que esparcidos al aire producen en el campo enemigo serias y misteriosas catástrofes. Por esto, sin duda, se observa que las afeitadas cabezas de los moros están llenas de gruesas cicatrices. Cuando el mortero destructor dilata por el viento su prolongado zumbido, el moro que aun en las cosas mas serias hace alarde de una burla bárbara y estraña, lanza un grito y esclama. —Zumba, campana de plata.

En algunos dias de tregua y parlamento, cuando la bandera blanca ondea en uno y en otro campo, suelen los moros mostrarse demasiado amables, ejercitando ante nosotros habilidades que no dejan de llamar la atencion, sobre todo lo que ellos llaman *correr la pólvora*. Es un ejercicio de equitacion, de fuerza y de agilidad, adornado siempre con el carácter guerrero que les distingue.

Figuran un combate entre ellos mismos; los caballos obedientes á la voz mas bien que á la brida, corren, saltan, giran y luchan entre sí. Los ginetes mientras tanto, jugueteando con la espingarda, la tiran por alto, la recogen á la carrera, la pasan por debajo del vientre de sus cavalgaduras, la cargan, la disparan y sin saber como, siguen siempre corriendo, siempre haciendo fuego, siempre dando mil vueltas sobre un terreno muy corto, procurando lucir sus *trajes de fantasia*, como ellos denominan á sus mas lujosas vestimentas.

Escepto estas ligeras treguas, establecidas por el cansancio y la monotonía de un tiroteo sempiterno, todo lo demás es rudo, feroz y salvaje. El riffeño se burla de nuestros proyectiles, escepto de las *balas de trampa* (bombas y granadas), agita su jaique en señal de desafío, nos llama *perros* y lanza improperios sobre nuestras *Mariquitas de plaza*. Estos combates suelen por la noche tener una fisonomía especial. Es muy comun que el moro se acerque escondido, por medio de los cañaverales, hasta colocarse debajo de los fuegos de la línea exterior. Una vez en este sitio suele entablar con los centinelas algun diálogo, solo con el fin de saber el punto donde se encuentra su interlocutor para dispararle traicioneramente un tiro. Estos diálogos, que ellos llaman *hacer palabra buena*, son animadísimos, chistosos y acaban por los mas violentos apóstrofes.

Dos recursos tiene el centinela español para evitar la alevosa agresion del moro, los cuales no dejan de tener originalidad. Cuando la noche es muy oscura y se teme algun ataque por parte del enemigo, se enciende una especie de jaula de hierro, llena de teas de pino, que hay en todos los fuertes de la línea exterior y que se llama *caldereta*, consiguiéndose por este medio iluminar las inmediaciones y explorar los movimientos del enemigo. El segundo recurso es una campana que hay colocada sobre cada garita para que dando un rápido toque, sustituya á la voz de alerta del soldado y evite el que el moro dispare al punto donde suene la voz. En las ocasiones solemnes se echa mano de la granada de iluminacion.

Así trascurren para Melilla los dias, los meses y los años. Cuantas mas protestas de paz hagan los riffeños, mas fieros se mostrarán despues. Verdad es que sus costumbres ásperas, su constitucion selvática, su índole independiente, les arrastran á esa existencia errante y miserable que forma, por decirlo así, la base de todos los pueblos que existen mas aca del pequeño Atlas. Ellos mismos en cualquier querrela no encuentran mas razon que la fuerza. Pagan el tributo al rey, cuando este incendia sus aduares, quema sus mieses ó castiga á sus jefes. Sus santones son profetas, sacerdotes y médicos. La medicina entre ellos está reducida á la aplicacion de algunas yerbas y sobre todo á la cauterizacion por medio de un hierro hecho ascua. Conservan recuerdos y tradiciones de su antiguo poder y de su antigua sabiduría, pero se burlan de nosotros y de nuestra civilizacion. En sus conversaciones particulares llegan á compadecernos, pues nos consideran como esclavos.

Los hijos del Maugreb conservan el sello puro de su raza. Son altos, bien formados y hay en sus semblantes cierta belleza que encanta. Sus ojos son de fuego y sus dientes de marfil. Per lo regular siempre se sonrien desdeñosamente. Son avaros y todo lo sacrifican al dinero. Los hemos oido hablar con mujeres bellas y españolas, y se han convertido en poetas. Un novelista no hubiera tenido inconveniente en escribir uno de estos diálogos, sembrados de elegantes metáforas y frases escogidas. La inflexion que sabe dar á su acento es tierna y suave.

Es indecible la dulce melancolía que se despierta en el alma en una noche de luna, cuando esta se refleja en el mar y proyecta vagas sombras en el campo árabe, al oír el canto melancólico del riffeño, perderse en las soledades de la playa, entre los murmullos de las dormidas olas. Lo que canta es una *playera*, una *caña*, una *rondña*, un *sandango*, no sujeto á reglas, sino á los caprichos de la fantasia; pero á pesar de todo es tan rico aquel tesoro de música, es tan *africana* aquella copla, es tan apasionada aquella melodía, es tan salvaje aquella entonacion, que nosotros, a fuer de observado-

res, sentiamos latir nuestro corazon conmovido. Y en efecto, no es posible espresar el recuerdo de aquellos cantos. Imaginaos al hombre del desierto ennegrecido por el sol y por la pólvora, que se sienta en frente del Mediterráneo y que quiere enviar un suspiro á la mujer que adora; comprended que la naturaleza le hace poeta y músico, que la noche eleva sus sentimientos y le oíreis cantar lo que naturalmente nace de su alma, la queja, el dolor, el abandono, la ira, la venganza y la religion. Confundid en un solo pensamiento todas estas sensaciones y sacareis en claro una música estraña y encantadora, viva y palpitante, que flota sobre el viento y se pierde en las sombras del bosque, como una lluvia de armonía.

V.

Tal es el riffeño; tales son nuestros presidios menores de Africa. Melilla podria ser algo mas que un fuerte y una cárcel. Mas si la vecindad francesa se hace mas cercana al punto, dejará de ser cárcel y fuerte. Las Chafarinas le sirven de vanguardia y como que parece que se han levantado del seno del mar para decir á las colonias inmediatas, *deteneos*. Hay allí un hermoso campo, una montaña colosal, el *Gurugú*; un rio que arrastra arenas de oro; bosques inmensos, jabalíes que gruñen en medio de la noche, grutas en el seno de las rocas, un mar espacioso, sembrado de delfines, que son los precursores, ya de la bonanza, ya de la tempestad; horizontes enrojecidos, lagunas dilatadas, cabos que se pierden bajo la bruma, y por último cordilleras que se descubren hácia la parte de España, es decir, la sierra Nevada, cuyas puntas asoman á cincuenta leguas de distancia cuando la aurora llena los cielos de sus puros resplandores.

El Riff con su salvaje colorido, la plaza con su amenazador continente, el mar con su eterno oleage, la playa con su ruda soledad, el cabo de las Tres Forcas con su negra silueta, el moro con su hostilidad constante, todo esto nos hace pensar en el porvenir de aquel suelo privilegiado, en la historia de aquellas abrasadoras arenas, en la cuna de aquellos campos manchados hoy por la barbarie y desheredados de los beneficios de la civilizacion.

Parece imposible que allí donde en otro tiempo han existido pueblos que han dado leyes al mundo y han llevado el comercio á todas partes, pueblos que supieron renegar de las tinieblas de la idolatría para abrazar la religion cristiana, parece imposible, repetimos, que hayan desaparecido, borrándose esta brillante página de lo pasado y quedando tan solo el embrutecimiento mas craso, la destruccion mas horrible, el abandono mas deplorable.

Y es esto tanto mas estraño y doloroso, cuanto que ni se conserva un recuerdo, ni un libro, ni un documento, ni una ruina que atestigüe su primitiva existencia. Hablad al moro de Cartago y os responderá con una sonrisa desdeñosa; habladle de San Agustín y se encogerá de hombros; él no entienda nada mas que de dinero, pólvora y caballos; él os dirá que la naturaleza le ha hecho un excelente buzo; él se reirá de vuestros trajes, diciendo que es mas hermoso su jaique, una cuerda de pelo de camello y un albornoz; habladle de nuestra cocina y os enseñará su negro pan de cebada; mostradle un regalado lecho y él señalará ó la arena de la playa ó la yerba del campo; explicadle algunas ideas humanitarias, y él os mostrará la punta de su gumía ó la boca de su espingarda.

Tales son las razas del Maugreb.

TORCUATO TÁRRAGO.

MARRUECOS.

Limitado al O. por el Océano, al N. por el Mediterráneo, al N. E. por la Argelia y al S. E. y el S. por el Desierto, dilata el imperio de Marruecos sus linderos, comprendiendo una vasta superficie de cinco mil setecientos setenta y cinco miriámetros cuadrados, en los cuales se hallan comprendidas algunas comarcas que no forman parte del imperio sino en el nombre.—Desde la época romana la parte septentrional de Marruecos lleva el nombre de *Mauritania Tingitana*, y solo se estendia por el lado del S. hasta los alrededores de Sta ó de Fez. La parte meridional formaba un reino independiente apenas conocido de los romanos.—Dividido durante mucho tiempo en dos reinos, reunido en uno solo y vuelto á separarse con las denominaciones de *Fez* y de *Marruecos* bajo las dinastías árabes, vinieron á quedar formando uno con el último título desde el siglo XVI, dividiéndose solo momentáneamente durante las guerras civiles, que con harta frecuencia esparcen el terror y la ruina en aquel privilegiado suelo.

Pero si bien nosotros y toda Europa comprende su vasto territorio bajo el nombre genérico de Marruecos, entre los indígenas es indistintamente conocido, llamándole los infieles de Argelia *El-R'arb* «el Occidente» ó bien y á pesar de haber fallecido aquel sultan, *Beled-Moula-Abd-El-Rahman* «el pais del sultan Abd-El-Rah'man.»

La division que Mr. Washington hizo en 1830 del

imperio de Marruecos fue combatida con fundamento: dicho célebre viajero presentaba el cuadro siguiente:

IMPERIO DE MARRUECOS...	REINO DE FEZ.	El-Karb. El-Riff. Beni-Macen. Témna. Cháua. Fes. Tadla.
	REINO DE MARRUECOS..	Dkkála. Chrúua. Abda. Chíalma. Habá. Rhamna. Marruecos.
	PROVINCIA MERIDIONALES.	Sus. Draá.
	PROVINCIA ORIENTAL.	Taflete.

Sin embargo, como con mucha razón observa monsieur Amadeo Tardieu, esta division es incompleta: el Riff, por ejemplo, se compone de muchas comarcas, tales como las de Akláia, y Hallaf.—El imperio de Marruecos no puede dividirse como los Estados de Europa: su verdadera clasificación es por tribus, pero desgraciadamente no conocemos los nombres de todas ellas y su situación para poder determinarlas. Entre tanto que esto puede hacerse, la division que tiene mas analogía con la de los Estados europeos es la de *kaidatos*, pues todo el país sometido al emperador está dividido en cierto número de *ammátas* ó territorios regidos por *kaides*, que son los encargados de cobrar los impuestos, á to lo lo que se encuentra reducida la administracion musulmana.

Pero si bien la geografía política no puede presentar la exacta division de aquel imperio, la naturaleza nos ofrece otra mas segura y que corresponde a las principales comarcas de Marruecos. Hé aquí el cuadro de ellas.

IMPERIO DE MARRUECOS.	AL NORTE DEL ATLAS.	1.º El Riff ó region montuosa que baña el Mediterráneo desde Moufa hasta Tánger, comprende El país de Hábat al O. El Akláia al E.
	EN EL CENTRO.	2.º Zona intermedia de planos y de colinas que comprende desde Moufa hasta Tánger por un lado y S'ueira por el otro en los pueblos Ulecha. Temezin. Taza. Uerran. K'v'ar el Kebir. Mekués. Fes. Bulawa. Marruecos.
	AL SUR DEL ATLAS.	Cadena atlántica desde la frontera de Argél hasta el cabo Ir'ir. Sus. Sidi-Hechám. Uad-Nun. Guezula. Dra'á. Taflete. Y gran parte del Sa'ah'ra, comprendido al N. E. del Atlas.

El Riff, en una longitud de 330 kilómetros y una latitud media de 30, ofrece una serie no interrumpida de montañas, tan poco conocidas como poco estudiadas: son continuacion de las de Argelia y parecen de análoga formación á la zona comprendida entre Cherchél y Túnez que lleva tambien entre los berberiscos el nombre de Riff. Esta palabra es sinónima de la árabe Sah'el, y casi idéntica por el sonido y el significado á la latina *ripa* «ribera» y á la francesa *rive* «rivage.» Toda la comarca que comprende el Riff está exclusivamente habitada por berberiscos, sometidos mas en nombre que realmente al emperador de Marruecos. Ademas hay al extremo oriental una plaza fuerte llamada *Kla'a* «la fortaleza,» y cerca de Tánger existe una ciudad célebre por la tumba venerada de un santón que se llama del nombre de este morabito *Záwíet-Moula'—Abd-es-Selám-ben-Mchich*, la cual es un asilo inviolable para los criminales. El resto del Riff apenas está conocido, sabiéndose únicamente los nombres de algunas de sus tribus.

Sin ocuparnos de los demás países comprendidos en la division propuesta por no ser hoy nuestro objeto, creemos oportuno dar á lo menos una nocion histórica de las vicisitudes porque pasó este combatido imperio.

Ocupada la Mauritania Tingitana sucesivamente por los cartagineses, romanos, vándalos, griegos y árabes, desde que perteneció á estos últimos, establecida la nueva religion, sus nuevos soberanos fueron todos musulmanes. Bien pronto los pueblos que ocupaban esta parte de Africa, amantes de la independencia sacudieron el yugo de los califas. Colocados en el extremo del vasto imperio de los árabes, sacaron parti lo de esta circunstancia para conquistar una existencia sin sujecion á otro jefe, y ya hácia el fin del siglo VIII reconocieron por sultan al fanático y ambicioso Edrís, con el cual principió la dinastía de los Edrisitas. Terminada su raza en principio del siglo X, los fatimitas reinan corto plazo, pero la conquista del Egipto les hizo abandonar el Magreb, y los Zeiritas les reemplazaron aunque sin conseguir asegurar una sólida dominacion. Los almoravides, sublevando todo el país en la segunda mitad del siglo XI, echan los cimientos de una poderosa dinastía, que bien pronto se extendió por toda España, y dejando á su vez el poder á los almohades en el siglo XII, quedó el país sumido en la anarquía, que solo consiguieron desterrar, afirmando su autoridad los Merenidas, en el último tercio del siglo XIII. Los merenidas dominaron mas tiempo que las dinas-

tías anteriores, pero su poder, considerable sobre todo durante sus primeros príncipes, herido de muerte en la gloriosa batalla del Salado, vino á quedar reducido á una autoridad casi nominal.—Los cristianos continuaron su victoriosa empresa.—No contentos con la parte que tomaron en el Salado los portugueses, volvieron sus armas contra los africanos, y Juan I *el bastardo*, favorecido por la anarquía interior, se apoderó de la importante plaza de Ceuta en la primera mitad del siglo XV, que mas tarde vino á ser de los españoles. Alfonso II siguió sus mismas huellas, y en varias campañas que abrió contra Marruecos, aumentó su importancia, tomó á Tánger á los marroquíes que mas tarde pasó á los ingleses quienes la vendieron como buenos mercaderes, y conquistó para su nombre el dictado de *africano*.

Bien pronto los españoles, terminado en 1492 el gran poema que tuvo su epílogo en Cevadonga y su epílogo en Granada, comprendieron la importancia de llevar sus armas vencedoras á las playas marroquíes, y guiando la victoria sus pasos, Melilla y Oran con otras plazas fuertes cayeron bajo su dominio.

En tal estado se encontraba Marruecos, cuando pasando por una completa revolucion, varió tambien en su desenvolvimiento histórico.

Corrían los primeros años del siglo XVI.—*Mohamad-ben-Achmet*, que pretendía ser descendiente del Profeta, se distinguió entre el pueblo bajo por su exaltada piedad. El soberano de Fez confió la educacion de su heredero á uno de los hijos de aquel fanático, y la raza merenida terminó en él. *Mohamad-el-Cherif* echó los cimientos de una nueva dinastía que empezó en él mismo, y que cubrió de sangre y de ruinas las antiguas ciudades del Magreb.

Abi-Allah, que le sucedió, reinó mas tranquilo y poniendo á cubierto las riberas de su imperio contra las invasiones portuguesas, resistió las armas del rey don Sebastian.

Muley Mahomad (*el negro*) deja bien pronto el trono á Muley-Abd-el-Melek, que vió con su ejército el verdadero fin del infortunado rey de Portugal. Muley-Achmet le sucede, y encendida la guerra civil á su muerte, y á pesar del apoyo dado por Felipe III á los pretendientes del trono, Muley-Zeidan se apoderó de él y estableció importantes relaciones mercantiles con la Holanda y Francia.—Sin rastro que señalar en la historia pasan Muley-Ab-el-Melek y Achmet, y Muley-el-Walid conservó por algunos años su dinastía harto debilitada antes de él. Como era natural, á su muerte volvieron los desórdenes, y su usurpador Crom-el-Halji ordenó el asesinato de todos los príncipes de la familia imperial.

Tras siete años de horribles crímenes, encontró su merecido, y su hijo fue desposeido por un nuevo pretendiente *Aschid*, hijo del cherif Muley-Alí, cuyo *Aschid*, fue el jefe de la dinastía reinante (1666). En su tiempo tuvo lugar la primera negociacion con Francia, reinando Luis XIV que aspiraba á dilatar por aquella parte el naciente comercio de su reino.—Muley-Ismael sucesor de *Aschid* tuvo que empezar por reprimir las pretensiones de Muley-Ahmet y por dominar algunas tribus rebeldes. Pero despues que este príncipe pacificó su reino, fue señalando los años de su imperio con actos tan dignos, que su nombre es uno de los mas gloriosos de las dinastías marroquíes. Rechazados los esfuerzos de Constantinopla con que pretendía establecer su dominio en el territorio de Muley: arroja los los ingleses de Tánger, amenazados los argelinos con la pérdida de su independencia, sufrimos tambien los españoles la pérdida de algunas de nuestras plazas en aquellas regiones, como sucedió con la de Larache. Entre las grandes medidas tomadas por este príncipe, se cuenta la creacion de un ejército permanente, compuesto de negros del Sudan, á los cuales repartió tierras. Estos soldados consagrados por Sidi Bokhári recibieron el nombre de *Abid-Bokhari*, y su institucion se ha conservado casi hasta nuestros días. Muley-Ismael que dicen los franceses deseaba imitar á Luis XIV, estuvo en poco, á pesar de ello, para que se encontrase en abierta guerra con este príncipe. Sin embargo, entabladas negociaciones llegaron á hacerse tan íntimas, que el sultan pidió para sí la mano de la señorita Blois (princesa de Conti, hija natural de Luis XIV), como era consiguiente se le respondió que la diferencia de religiones era un obstáculo insuperable para aquel enlace. A pesar de esta repulsa continuaron las buenas relaciones de amistad entre Francia y Marruecos, firmadas por tratados de comercio; y cuando en 1709 Luis XIV sucumbía á los esfuerzos de toda la Europa coaligada, Ismael le dirigió una carta que todavía existe, ofreciéndole su ayuda contra la casa de Austria.

Amargaron los últimos años de su reinado las rebeliones de sus hijos Muley-Seidam y Add-el-Heleh, y el sultan irritado, eligió por heredero de su trono á *Achmet-Deby* (1). Despues de la muerte de Achmet-Deby, cuya vida pasó entre vicios y crueldades, puede decirse que empezó el imperio de los negros á quienes hemos conocido con el nombre de *Abid-Bokhar*, ellos colocaron sucesivamente en el trono al sanguinario Abdallah y á los inhábiles Muley-Mohamed y Muley-Zin-Lahabdin, y entronizada la anarquía, continuó hasta que restableció Abdallah por la sexta vez en el trono, afirmó su autoridad

(1) Se dice que Muley-Ismael dejó ochocientos hijos varones, y que la ciudad de Taflete está habitada casi exclusivamente por los numerosos sucesores de aquella asombrosa posteridad.

mandando asesinar á gran número de los soldados negros. Desde entonces dirigió todos sus conatos á establecer una duradera tranquilidad, y estableció alianza con los ingleses y tratados con los holandeses, quienes se obligaron á pagarle un tributo anual de 15,000 piastras.

Sid-Mohamed que le sucedió, parecía no tener otro deseo durante los primeros años de su reinado, que el de reunir inmensos tesoros; consecuencia de ello eran las numerosas negociaciones que entabló con los principales cristianos en favor del comercio; los privilegios que concedió á los negociantes extranjeros para atraerlos á su imperio; los trabajos que emprendió para facilitar las comunicaciones interiores, y la fundacion de Mogador sobre la costa del Atlántico. Pero la medida mas importante de este príncipe fue la abolicion de las leyes que se oponian á la esportacion de granos. La agricultura con esto tomó un desarrollo inmenso, y sus beneficios enriquecieron asi al emperador como á sus pueblos.

Sid-Mohamet deseaba igualmente arrojar de sus Estados todas las guarniciones extranjeras que ocupaban los pueblos del litoral; reusó entregar á los portugueses á Mazagan; pero rechazado delante de Melilla, acobardado hizo tratos con España. Cuando algunos años mas tarde, Carlos III aliado con los ingleses, trató de apoderarse de Gibraltar, Sid-Mohamed abrió el puerto de Tánger á las flotas combinadas, lo cual no evitó que firmase dos nuevos tratados, el uno con Inglaterra y el otro con Austria, que hasta entonces no habia tenido relaciones de ninguna especie con Marruecos. Durante el reinado de este príncipe, fue abolida la esclavitud entre cristianos y musulmanes, pero esta concesion quedó bien compensada con el vergonzoso convenio de varios países de Europa, comprometiéndose á pagar todos los años un tributo al emperador.

A Sid-Mohamed sucedió Muley Soliman que murió en 1822 dejando su combatido trono á su sobrino Abd-el-Rahman, que al mismo tiempo que reanudaba antiguas relaciones con los diversos Estados de Europa, restablecía la tranquilidad interior en sus dominios y embellecía y aumentaba con nuevas obras las ciudades de su imperio.

Pero antes de dar á conocer la biografía de este sultan, que presentaremos con la estension debida en el número próximo, asi como hoy acompañamos su retrato, justo nos parece ofrecer alguna idea por mas que haya de ser tan ligera como exige la estension de este artículo, de la capital de aquel imperio que lleva su nombre, y cuya vista general va unida.

Situada en una llanura fértil á la márgen izquierda del Tensif se cree la fundó en 1032 Abu-al-fin, primer rey de los almoravides. Vióse muy luego embellecida con todo cuanto el orgullo y la voluptuosidad puede concebir de mas cómodo y magnífico: en el siglo de Alí-ben-Yussef, hijo del anterior, disfrutaba de la mayor prosperidad, y algunos escritores aseguran que su poblacion ascendía á echocientos mil habitantes; decaída y casi despoblada, modernamente debe tan triste estado á las continuas disensiones civiles, á la tiranía de sus sanguinarios jefes, á la peste de 1678 que arrebató al imperio tres ó cuatro millones de habitantes; y á la capital casi toda su poblacion, y últimamente á la mortandad y devastacion que ocasionó en ella Muley-Eliecit cuando la tomó por asalto.

Está circuida de altos muros de bastante espesor flanqueados de torres y rodeados de un ancho foso, en cuyo recinto de unos 14 kilómetros, se ven muchas ruinas, grandes jardines y dilatados terrenos. El palacio imperial se halla hácia el S. O., y sus muros de mas de 4 kilómetros de circunferencia, encierran pabellones, alojamientos, patios, plazas y jardines, dominándolo todo la torre ó gran mirab, de la hermosa mezquita construida por Muley-Ab-Dallah. Los pabellones que habita el emperador, llevan los nombres de las principales ciudades del Estado; y los demás edificios están ocupados por los grandes dignatarios, los eunucos y las odaliscas. Dentro del palacio se conserva todavia el arsenal, el antiguo colegio ó madarac, los vastos almacenes de grano, abovedados para los príncipes y los generales, los cuales á las veces hacian de mazmorras para los esclavos cristianos.—La parte de esta ciudad llamada Al-Raiserah tiene tambien un recinto particular de casi 3 kilómetros. Se encuentra situada entre el palacio y el resto de la poblacion, y contiene una plaza de mercado bien provista y multitud de comerciantes moros y judíos, quienes quedan por la noche cerrados en sus departamentos.

Las calles de Marruecos asi como sus muchas plazas y mercados, están sin empedrar y ni aun cubiertas con arena; y las casas sin mas que un piso y sin ventanas que miren á la calle, pues casi todas están al interior abriéndose hácia los patios donde se encuentran estanques y fuentes para las abluciones.

Seis mezquitas principales se cuentan en esta capital, y la que está en el recinto de palacio tenia en lo alto de la torre cuatro bolas de cobre cubiertas de oro, las que el pueblo decia que estaban encantadas, hasta que uno de los soberanos, las mandó quitar.

Tambien hablan los viajeros de un palacio levantado en medio de las aguas, en un punto, donde reuniéndose todos los acueductos subterráneos que conducen las del Atlas forman un ancho lago.

Su poblacion reducida hoy á treinta mil habitantes, de los cuales los dos mil son judíos, vive dedicada á es-



EL BUÑOLERO.—¡Á OCHAVO CALENTITOS!

casas industrias entre las que se cuentan algunas fábricas de tejidos de seda, de papel y de tafilote. Sus desaseados habitantes dejan que en las casas se crien gusanos, y de aquí el que á no ser en las de los ricos, en todas ellas se perciban los característicos olores de la suciedad. En cambio sus muchos jardines aromatan el aire y ofrecen en sus flores mensajeros de amor á las hermosas.

Tal es en breve resumen la situacion, division y principales comarcas del imperio de Marruecos, las mas notables vicisitudes de su historia y la antigüedad y descripcion de su capital, objetos todos ellos que nos propusimos dar á conocer en este artículo.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Despues de haberse participado al público que el gobierno de Marruecos aceptaba en principio las reclamaciones del gobierno español y estaba dispuesto á satisfacerlas, y despues de haberle sido concedido al ministro marroquí residente en Tánger dos dias mas de plazo para su contestacion definitiva, este funcionario ha declarado que no tenia autorizacion para acceder á lo que se pedia (la estension del territorio de Ceuta hasta la Sierra de Bullones) y que consultaria á su soberano. El gobierno, cansado de esperar el resultado de tantas consultas, se ha presentado á las córtes anunciando que podian considerarse como rotas las relaciones amistosas con Marruecos y ha mandado retirar á nuestro cónsul de Tánger y á los empleados del consulado. Esta retirada se ha efectuado ya: y no solo han salido de Tánger las familias españolas, sino los judíos mas comprometidos, que se han refugiado en Gibraltar, Cádiz y Algeciras, y la mayor parte de los europeos. Los moros mas ricos tambien han puesto á buen recaudo sus haberes y han enviado al interior ó al extranjero cuanto han creído que corria riesgo de perderse. Este pánico no tanto le causa la perspectiva del desembarque de nuestro ejército en las playas de Tánger, cuanto la de la entrada de los beduinos y berberes de la montaña, cuyos instintos de robo y pillaje no hacen diferencia de patria, ni de religion, ni de estado.

Entre tanto la expedicion, ya provista de todo el material de guerra y sanidad necesario, así como de las vitallas y bagaje que debe llevar para la clase de guerra que trata de emprenderse, no aguarda sino la orden de ponerse en movimiento, orden que se espera de un momento á otro, y que si no se ha dado ya se debe acaso al temporal que en estos dias reina en el Estrecho. Mas de una vez en las expediciones á Africa los elementos nos han sido contrarios, y como, segun el dicho de Felipe II á propósito de la armada dispuesta contra Inglaterra, nosotros no vamos á pelear con los elementos, será prudente aguardar la ocasion de algun dia sereno para que zarpen los buques expedicionarios.

En toda España se ha recibido con entusiasmo la no-

licia de la declaracion de guerra: los partidos han dado treguas á sus luchas interiores; en las Córtes han resonado patrióticas palabras; los particulares ofrecen donativos; los jóvenes se alistan en el ejército. Esta union de voluntades es ya de por sí un gran bien; otro será el demostrar á Europa lo que vale la nacion española, ya que no lo sabe, y ya que estamos en unos tiempos en que no es uno considerado si no por el daño que puede hacer, por los hombres que puede poner en campaña y por los cañones mas ó menos rayados de que dispone.

El gobierno español ha pasado una circular á las potencias extranjeras manifestando que al atacar á Marruecos no lleva intenciones de conquista, si bien no puede responder de los acontecimientos. Hace bien en no responder, porque el hombre propone y Dios dispone: los ingleses, al establecerse en la India, maldita la intencion que llevaban de conquistarla; despues, á principios del siglo pasado, cuando ocuparon á Gibraltar teniéndole en depósito, tampoco llevaban la intencion de quedarse con él. En 1830, cuando el dey de Argel dio un abanicazo al enviado francés, los franceses no pensaban sino en vengar el insulto, y sin embargo luego han conquistado la Argelia. Nosotros hace tres siglos que estamos recibiendo abanicazos con las espingardas de los marroquíes: ¿no podremos hacer lo que los ingleses y los franceses han hecho? ¿No podrán las circunstancias obligarnos á seguir la misma conducta? Si la cuestion se plantea en el terreno de la fuerza, podremos decir imitando la fábula del leon: nos pertenecen Tetuan y el Cabo del Agua para seguridad de nuestras plaza; tenemos á Tánger y nos pertenece porque la ocupamos; queremos á Larache como indemnizacion; y veremos quién se opone á que nos quedemos con Rabat y Mogador.

La situacion de Italia es hoy la misma que en la quincena anterior. Es verdad que se ha firmado por los representantes de Francia y Austria un tratado en Zurich; pero como ese tratado no altera en nada lo pactado en Villafranca, y como lo pactado en Villafranca es impracticable, de aquí su completa esterilidad y la prolongacion del *statu quo*. Toda la juventud de Venecia emigra á alistarse en las banderas de la Italia Central, y á la juventud siguen sus familias y las personas acomodadas. De este modo Austria se va quedando en Venecia sin la mejor parte de sus súbditos.

Ha salido á luz el segundo tomo de las obras de Jovellanos, coleccionadas por el señor don Cándido Nocedal. Este tomo segundo comprende los escritos y discursos de aquel insigne repúblico que tratan de materias económicas, sus cartas mas ó menos familiares y algunas censuras de obras literarias y dramáticas. El señor Nocedal nos promete otro tomo que será el tercero, y sin duda no piensa dejar inédito nada de cuanto salió de la pluma de Jovellanos, porque entre otras cosas de poca sustancia inserta en este tomo segundo un informe sobre el *abasto de huevos de Madrid*. Precede al tomo tambien un prólogo del Sr. Nocedal, que con ligeras variantes podria ir al frente de cualquiera otra obra, pues no es ni mas ni menos que una defensa de las opiniones políticas y económicas que hoy sustenta el autor, el cual afectando cierto arcaísmo

de ideas entre el neologismo de la frase, termina poniendo cuanto ha dicho «debajo de la correccion de la santa Iglesia Romana y sujetándolo á la censura de sus preladados y ministros con intento cristiano y obediencia rendida.»

El señor Escosura ha publicado ya hasta el cuaderno 10 de su interesante obra titulada *Historia constitucional de Inglaterra*; y si no ha dado á luz el 11, consiste en que no encuentra en Madrid papel igual en tamaño y calidad al que hasta ahora ha empleado. Luego que desaparezca este obstáculo, continuará sirviendo á sus suscritores con la regularidad acostumbrada. La escasez de papel ha sido hasta ahora mal comun á todas las empresas que han tenido un número regular de favorecedores, y todos los veranos se reproducirá si el gobierno no atiende la solicitud que, firmada por la mayor parte de los editores y autores, se le ha presentado solicitando la libre introduccion del papel extranjero ó á lo menos una gran rebaja en los derechos que hoy paga y que equivalen á una prohibicion. Prohibiciones y protecciones hay muchas en nuestros aranceles, pero dudamos que pueda presentarse una tan absurda como la del papel de imprimir.

Los teatros nos han ofrecido en esta quincena varias producciones nuevas. En Jovellanos los *Compromisos del no ver* y *Entre mi mujer y el negro*, han obtenido un grande éxito. La primera tiene lindisimos trozos de música, aunque es inferior el libreto. La segunda llamada, por su autor disparate, justifica su título, pero lo justifica con tal gracia, que el público perdona los defectos literarios por el buen rato de risa que le hace pasar. La música es tambien aceptable. Se anuncia para despues de este disparate otro: venga si es gracioso, pero no quisiéramos que la Zarzuela en vez de repertorio tuviera un *disparatorio*. Los disparates, aun graciosos, no son para todos los dias.

En Novedades se han representado con laudable celo por parte de la empresa, y con buena intencion por los actores, tres producciones nuevas, entre ellas *La Torre de Garan*, drama que fue bastante aplaudido. El Príncipe nos ha dado una lindisima comedia del señor Breton de los Herreros, con el título de *La Hipocresia del Vicio*. El nombre del autor dice ya que el diálogo ha de estar salpicado de chistes inimitables. Entre todos nuestros poetas cómicos nadie maneja el idioma mejor que el señor Breton.

La Grissi, segun un anuncio de la empresa de Oriente, ha pedido la rescision de su contrata. Ha hecho bien.

Segun otro anuncio dicen que se presentará en los *Hu-gonotes*. Hará muy mal.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPLE. 4. 1839.